

...como nombrar el mar, es nombrarlo todo

Tendemos a relacionarnos con nuestro entorno, clasificando, midiendo y, lo que es más significativo, otorgando nombres a los lugares, a lo que acontece, a las cosas.

Superponemos así palabras, nuestra condición y tiempo, a lo que vive callado y nos remite a lo eterno, porque no concebimos desde esa condición un silencio absoluto –siempre hay un murmullo de fondo, un rumor del universo, una vibración de la materia...– ni un tiempo cero.

Una marea de luz atraviesa la oscuridad; un inesperado destello se desplaza y crece de horizonte a horizonte, trasponiendo a su paso la negrura insondable que guarda la vida. Una posibilidad ondula en la nada aparente de la materia oscura como voluntad de ser, como fluctuación o vibración de todo lo existente: dimensión poética que se revela como eco de una posibilidad primera,

Un acontecer primigenio teje tiempo entre brotes y hebras de luz, orillando latido a latido la eterna cadencia de lo inefable. Blancura germinal, antecomenzo o mar –porque «nada nace de la nada»⁽¹⁾– que emerge entre el no ser y la voluntad, entre la nulidad y la inmanencia, aquietando nuestra mirada: *no tengas miedo.*

«Si eres de los valientes, sumérgete en el mar y bésame en la espuma»⁽²⁾.

Posibilidad, antecomenzo, destiempo, entre correspondencias de luz: materias primordiales de un fotógrafo que convoca a través de su mirada. La misma luz que siente derramarse cada atardecer por las orillas conformadas por su pensamiento y consigue que se hagan mar y que ese mar se haga luz ante nuestros ojos. Como las olas portadoras de luz reflejan la piedra y la arena, y son piedra y arena por un instante antes de volver a ser mar. Como el mar bajo el firmamento se hace noche por toda la noche y queda empozado en los ojos. Como la noche, aquí, es tiempo derramado, presente eterno que induce a la quietud –paradójica quietud– entre el movimiento inexorable de la olas, pues como escribió Leonardo “cambando, descansa”⁽³⁾.

Son imágenes que laten en el interior y vienen de muy lejos; que reflejan nuestra ancestral querencia por desentrañar las sombras, por intentar convocar el infinito en un instante, por dejar la vida suspendida, –“¿qué es el ahora mismo para el universo?”–; una vocación máxima, una “ceremonia de la desposesión”⁽⁴⁾, que exige desentenderse de comparaciones, de referencias eruditas y desaprender, en cierto sentido, para recuperar la mirada del primer hombre antes de decir, antes de querer explicarlo todo con palabras, antes de hacernos eso que ya no podemos dejar de ser: lenguaje, nuestra condición y tiempo.

Toda esta serie fotográfica convoca un mundo primigenio, hecho propio, que induce al silencio; para cuya expresión y entendimiento las palabras –también estas palabras– son siempre

deficitarias, puesto que *hablar –o escribir– no puede sino inscribirse en lo discursivo*; aunque nombrar el mar pueda ser como nombrarlo todo... Como fotografiar este mar revela una memoria ancestral oculta y «la memoria entrafia un acto de redención: lo que se recuerda ha sido salvado de la nada» ⁽⁵⁾. Gozo tranquilo entonces de recordarte inmerso en la totalidad, de reconocerte de nuevo allí donde se concentra la luz... *¿te reconocerás pues entre esos destellos? ¿en esa eterna realidad que se envuelve en sí misma una y otra vez?*.

Intuimos, sabemos, que el más leve movimiento perceptible introduce ficción, ficción de mundo que la mayoría confunde con la realidad, de ahí esa búsqueda del brote, de la imagen primordial no sometida a medida ni a tiempo. Cuanto más y más rápido se va moviendo todo a nuestro alrededor, cuanta más información nos impacta, mayor es la ficción, mayor el “ruido” existencial que subyace; mayor cantidad de variables y relaciones se introducen en el pensamiento, en una espiral que se va agrandando sin fin hasta el desistimiento incluso de las mentes más preparadas. Pero ante este mar, su movimiento, su agitación, convocan paradójicamente la posibilidad de un silencio que nos atrae y nos consuela, porque hemos sentido, y sabemos, que la cadencia, la letanía de las olas, el arrastre de la arena, el sonido de lo abierto, es lo más parecido a ese silencio buscado. «El silencio, no es la ausencia de ruido, sino la ausencia de ego», decía Javier Melloni. Ajeno a las comparaciones, a las justificaciones, a las referencias, se sustrae a todo nombramiento y a toda designación, incluso a la consideración de belleza como “ruido” estético de cada mirada en cada época, porque *«el agua –el mar– jamás comete un error de estética»* ⁽⁶⁾.

No hay pues voluntad de representación aquí, no hay paisaje pretendido, porque la representación y el paisaje requieren distancia, una distancia que José Carlos no se quiere permitir porque necesita ir más allá y aventurar esa realidad profunda que aparece entre la espuma de lo acontecido, de lo eternamente efímero, como eco revelado de una posibilidad primera; como sombras fijadas y destellos de lo que siempre hemos sabido inacabado. Y lo hace, ajeno a las habituales codificaciones culturales que poco tienen que ver con esa realidad profunda de las cosas que huye de las analogías y metáforas visuales tan habituales hoy: porque *ni el mar es la playa, ni el viento una cortina agitándose, ni el azul un ventanal, ni la luz una mirada...* ⁽⁷⁾.

–Luis G. Adalid, junio de 2022–

(1) Lucrecio: *De Rerum Natura*.

(2) Ibn Arabi.

(3) Leonardo da Vinci, notas.

(4) Rafael Argullol, *La atracción del abismo, un itinerario por el paisaje romántico*.

(5) John Berger: *Mirar*

(6) (Alan Watts, *La sílaba sagrada*. «Resultaría absurdo acusar a una ola de haber cometido un error de estética. Creo que nadie nunca ha hecho una objeción a una nube mal formada». Citado por Ignacio Castro Rey en *Ética del desorden*.

(7) Inédito de Luis G. Adalid